

Abril del 2019

MEDITA CONMIGO

Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con rameras, has hecho matar para él el becerro gordo. Él entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. (Lc 15:29-31)

Siempre que se lee esta parábola expuesta por el Señor Jesucristo es muy común que el personaje que resalte a primera vista sea el del llamado *hijo pródigo*, tanto que con base en él ha sido titulada en la mayoría de las versiones bíblicas, comenzando con la Reina Valera (parábola del hijo pródigo), por qué no poner como personaje principal al *padre misericordioso*; bueno, de todas formas en su momento él es destacado ; debido, pues, a tal enfoque el actor que queda con poca relevancia es el del aparentemente *buen hijo*, de tal modo que la realidad interior que prevalece en muchos dentro de las congregaciones cristianas quede sin tratamiento puntual en la mayoría de las exposiciones, la cual es mostrada en la actitud de este último personaje y que podríamos llamar *ausencia de sentido de pertenencia a la paternidad*. Esto quiere decir que muchos de los que son tenidos como *ovejas perdidas* tienen más sentido de pertenencia al Padre que muchos de los que permanecen como aparentemente fieles; esta realidad es bien expresada en el dicho que reza: *Ni están todos los que son, ni son todos los que están*. Jesús manifestó esta verdad al decir a aquellos hombres que se autoconsideraban como fieles estas terribles palabras: *De cierto os digo, que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios* (Mt 21:31-32). Algo muy propio de la naturaleza humana es, pues, calificar por la apariencia, por lo que los ojos ven a primera vista; esto es tan sutil que aún en un gran profeta quedó exhibido, esto es, el caso del prematuro juicio que hizo el profeta Samuel acerca de quien pensaba que era el ungido de Dios, cuando fue enviado a la casa de Isaí para ungir a David (1 Sam 16:7); es decir que, con suma facilidad podemos calificar o descalificar. Ahora bien, lo importante después de todas estas consideraciones es que sepamos apreciar qué es lo que hace que se diferencie una situación de la otra, es decir, en qué se ve que alguien tiene o no el sentido de pertenencia a la paternidad de Dios. Veamos en primer lugar el caso de la llamada oveja perdida; éste nunca dijo en su corazón *ya mi padre no es mi padre, o ya no soy hijo de mi padre*, sino todo lo contrario, él dijo: *iré a mi padre ...* y su único argumento fue: *Ya no soy digno*; este es el único argumento que encuentra cobijo en la gracia de Dios; este hombre se reconoció no merecedor del título de hijo, y es el que representa a todos aquellos que experimentan el verdadero arrepentimiento; Pablo lo dejó ver al decir: *Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero* (1 Tim 1:15), o al decir: *no soy digno de ser llamado apóstol* (1 Cor 15:9); y en su enseñanza lo expresó claramente al decir: *Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; ...* (Ef 2:8). El verdadero arrepentimiento siempre es producto de la fe; o dicho de otro modo, la verdadera fe siempre produce arrepentimiento. Lo glorioso de esto es que el destino es ser recibidos, abrazados y besados por el Padre misericordioso. El contraste se encuentra en el otro hijo, al cual le molesta la misericordia de su padre, y establece su dignidad en su aparente fidelidad en el servicio, es decir, se siente merecedor de un pago decretado por él mismo, y por consecuencia acaba por tener por injusto a su padre y se pondera como mejor juez; sin duda que su corazón no tenía el sentido de pertenencia a su padre, él sólo se veía a sí mismo; que terrible ironía, tener padre en el exterior, pero no tenerlo en el corazón, que es en donde Dios busca establecer su paternidad. Que mi Señor nos permita discernir claramente el profundo mensaje de esta parábola.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava